

Historia

Antonio Machado, el hombre enfermo

J.M. Tejerina

El resplandor de la gloria alcanzada por la obra poética de *Antonio Machado*, deja en la penumbra su personalidad humana.

Don Antonio era un hombre bueno. Mas, también, «misterioso». En sus afectos, en su conducta. Quizás influyera en ello su estado físico. Porque *Machado* fue siempre persona achacosa. Un viejo prematuro. Sufrió una insuficiencia circulatoria en ambas piernas. Tenía que detenerse con frecuencia en sus paseos. Una bronquitis crónica debilitaba su corazón. Padecía asma cardíaca. Fumador empedernido siguió fumando hasta sus últimas horas. La intoxicación tabáquica fue nefasta para sus dolencias cardiovasculares.

Cuando llega a Francia, en enero de 1939, está delgado, macilento, inapetente. No puede andar sin experimentar una gran fatiga. El *doctor Cazabeau* diagnostica una «congestión pulmonar». Complicada, tal vez, con «uremia». Nada grave, dice. *Don Antonio* tiene mucha fiebre, pero conserva su lucidez. Sus días están contados. Queda muy atrás la desconcertante vida amorosa del poeta. Condicionada, sin duda, por su precaria salud. Conocemos los detalles de su romance en Soria con *Leonor Izquierdo Cuevas*, una niña de trece años, menuda, graciosa, hija de la patrona de su casa de huéspedes. Su padre, un guardia civil, había muerto tísico hacía un lustro. *Leonor* aprendía a coser y coqueteaba con un «mocito barbero». *Antonio Machado*, treintón, catedrático de francés, alto, solemne, la voz grave, pasea, enamorado, a la caída de la tarde, por

los soportales del Collado y las orillas del Duero con aquella chicuela que apenas le llega al hombro. Los chicos se burlan de ellos. No cabe un amor más extraño.

Machado se educó en la Institución Libre de Enseñanza. *Leonor* apenas conoce las primeras letras. Es nerviosa, enfermiza. Un hermano suyo, *Sinforiano*, ha fallecido, también, tuberculoso.

Jamás hará referencia en sus versos *don Antonio Machado* al cuerpo de su amada. Sólo menciona sus pequeñas manos. «Dame tu mano y paseemos». Y su voz de niña en su oído, «como una campana nueva».

Dos años después se casa con ella. Le lleva a París. Surge la hemoptisis. Vuelven a Soria. *Leonor* padece una tuberculosis galopante. *Don Antonio* le pasea, en un cochecillo, por la Dehesa, el Mirón; Cuatro Vientos.

Veinte años más tarde. Otro gran amor de *Antonio Machado*; *Pilar de Valderrama*; *Guiomar*. Una escritora otoñal que conoce en Segovia. Un amor tardío. Prohibido. *Guiomar* está casada. *Machado* nos habla de su carne, «rosa y morena», sus labios, sus senos. De unas «amanecidas locas».

Va a llegar la Segunda República a España. *Antonio Machado* está exultante. Al igual que otros prohombres republicanos, ingresa en la masonería. Que ya conoce por su padre y su abuelo y *don Francisco Giner de los Ríos*. Pertenece a una logia de Madrid ubicada en un hotel de la calle de Alcalá n.º 171 y denominada Mantua. Como la ciudad que viera nacer a *Virgilio*. Luego, la Guerra Civil. La obligada separación de *Guiomar*. Madrid, el Quinto Regimiento, Valencia, Barcelona. El terrible éxodo.

Una mañana, en la playa de Colliure, *don Antonio*, muy próximo ya a morir, se sienta en el casco, volcado, de una barca. Y escribe en un papel sus últimos versos: *Estos días azules y este sol de la infancia*. Le invade una paz absoluta. Es, por un momento, otra vez, un niño que vive en un patio de Sevilla.